

El fracaso de León XIV. "Lázaro", de Morris West

Saldaña Guerrero, Rodrigo

1991

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4298>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL FRACASO DE LEÓN XIV

Lázaro, de MORRIS WEST (*Lazarus*, St. Martin's Paperbacks. New York, 1991. Publicado originalmente por William Heinemann, Ltd., Great Britain).

Las obras más interesantes de Morris West son aquellas que tratan de los altos niveles de la jerarquía eclesiástica, y en especial del Papado. Esto se debe a que West tiene un sentido muy fino de la tensión entre lo natural y lo sobrenatural. Para millones de fieles "la Iglesia no debe meterse en política"; West sabe que, como dice el Cardenal Marotta en *El Abogado del Diablo*, "todo es política", pero no por eso deja de creer en el reverso de la medalla, en el aspecto sobrenatural. Profundo conocedor de la política y de la historia papales, West no cree que los conflictos y las intrigas sean todo lo que hay en el Vaticano. Tal vez el mejor ejemplo de esta fe de West sea el asesinato de León XIV (realizado por mercenarios contratados por fanáticos islámicos), justamente cuando él estaba a punto de emprender el programa de reforma que evidentemente es el del mismo West. Nuestro autor cree que el destino de la Iglesia Católica está en manos de Dios, y no en las de los hombres.

Desde el punto de vista estrictamente novelístico, West ha madurado mucho. El primer libro de su trilogía papal, *Las Sandalias del Pescador*, fue interesante y atractivo, pero queda muy por debajo de *Los Bufones de Dios* y de *Lázaro*. Estos dos, como el primero, incorporan temas de gran trascendencia, pero los desarrolla con mayor amplitud y profundidad. Sus personajes están trazados mejor; en *Los Bufones de Dios* y en *Lázaro* West ha creado un mundo novelístico notable. Si el primero de ellos tiene un defecto serio es el haber hecho aparecer directamente en él a Cristo. Con mucha razón Taylor Caldwell, en su libro sobre San Lucas, hizo aparecer a Cristo sólo indirectamente, a través de relatos de terceros. West hubiera obrado sabiamente si hubiera seguido su ejemplo. En *Lázaro* lo sobrenatural aparece sólo indirectamente, y por eso mismo su efecto es más potente. El contraste entre Gregorio XVII y León XIV es también instructivo. El primero era muy

humano, un místico y, a la vez, un hombre con un sentido del humor muy desarrollado. León XIV es un hombre seco, feo, desagradable, que confió desmedidamente en el poder y en la burocracia. Su transformación en los últimos días de su vida es verosímil y conmovedora. Fue una gran idea de West el hacer que el burócrata intrigante que en *Los Bufones* orquestó la abdicación de Gregorio XVII, siguiera después el mismo camino de su predecesor y se enfrentara con las mismas amenazas que él había encarnado tan eficazmente en su día.

Como Graham Greene, Morris West inserta en sus tramas los problemas más candentes del momento: el terrorismo, el armamentismo, el hambre, el integrismo islámico... y los trata con grandeza de espíritu. Presenta muy bien las razones de la intransigencia israelí, pero también su debilidad, las fuerzas seculares que han empujado a los judíos a ser como son y la ironía sangrienta de que ellos traten a los palestinos de la misma manera que sus enemigos los han tratado a ellos durante siglos. Es muy explicable que los agentes secretos israelíes se comporten como lo hacen, pero no por eso es su conducta menos autodestructiva. Otro rasgo de discreción en West es que no habla tanto de que se deben realizar tales o cuales reformas en la Iglesia, sino de que hay que estudiar la posibilidad de realizarlas.

El mundo de West es rico y complejo. Sus personajes son muy reales, y es fácil comprender cómo llegaron a adoptar las posiciones que mantienen, inclusive cuando no se puede simpatizar con ellas. Y es la compasión por estos seres humanos vivos y concretos lo que moviliza la trama de *Lázaro*. Estas personas sufren por las estructuras eclesísticas, en lugar de encontrar en la Iglesia luz y consuelo. Nuestro autor no dice que sea fácil dárselos, pero insiste en que hay que tratar de hacerlo. Quizá el tema central de *Lázaro* sea el de la conciencia creyente de León XIV de que su austera disciplina, con la que él había creído llenar las necesidades de la Iglesia, fracasó en su misión. Se necesitaba algo más que disciplina, y los burócratas eclesásticos al estilo del protagonista no supieron dárselo al pueblo.

Los problemas teológicos que están en el fondo de *Lázaro* están insinuados nada más, lo que es muy apropiado para un tratamiento novelístico. Y están abordados de manera muy humana. Por ejemplo, la cuestión del divorcio es fundamentalmente, en la novela, la de cuál es la significación humana de un matrimonio que supuestamente sigue vigente pero cuyos integrantes ya no se pueden ver. Se trata de un problema práctico, que ya ha sido detectado por los teólogos, y cuya solución dista mucho de ser evidente. El hecho de que el Papa efectúe verdaderos divorcios (si bien en el caso muy raro de matrimonio no consumados) parece indicar que aunque los divorcios ya no se pueden dar con la facilidad con la que los practicaban los maridos judíos en tiempos de Cristo, la Iglesia sí puede concederlos. Aun sin recurrir a este aspecto del problema, la validez de muchos matrimonios es sospechosa, debido a la falta de preparación y a los posibles defectos de

intención en muchos contrayentes. En todo caso, el problema es bastante más complejo de lo que se lo trata de presentar habitualmente.

Similarmente, el problema del celibato no es tan sencillo como se ha pretendido. West lo aborda desde dos ángulos. Por una parte, el celibato de muchos sacerdotes no los ha hecho disponibles totalmente a las necesidades del pueblo, sino que los ha hecho solterones gruñones y egoístas. En segundo lugar, en parte tal vez por esta imposición, el número de sacerdotes está disminuyendo de una manera tal que pone en peligro a la estructura eclesiástica entera. Nuestro autor afirma que esta práctica disciplinaria no tiene base en la revelación. Aquí se impone una distinción. Como lo señalara Karl Rahner hace poco más de dos décadas, es indudable que en el Evangelio se habla abundantemente de una vocación al celibato. Lo que no está nada claro es que tal vocación coincida con la vocación sacerdotal. De aquí la posibilidad, muy real, de que alguien reciba de Dios la vocación al sacerdocio y al matrimonio al mismo tiempo, y de que la disciplina eclesiástica lo obligue a renunciar a una de ellas.

Algo similar podría decirse acerca de la ordenación de mujeres. Estamos demasiado cerca de la fundación de la Iglesia para que esté completamente claro qué es lo esencial en ella y qué es lo que tiene su origen en un accidente histórico. Con demasiada frecuencia las respuestas que se dan a estos problemas y otros similares se apoyan en una cultura religiosa históricamente determinada y consideran evidente lo que realmente no lo es. Uno de los problemas más interesantes de la novela lo presenta a León XIV su secretario: una comunidad en Brasil funciona bastante bien, excepto por un detalle. Ninguna pareja allí está casada. En ese lugar, el hecho de casarse prácticamente convierte a una mujer en esclava de su marido. La solución práctica ha sido la virtual abolición de los aspectos más formales del matrimonio, pero no una promiscuidad desenfrenada. El sacerdote que atiende a esta comunidad da la comunión a esas personas. León XIV comprende por qué lo hace, pero se inquieta de todas maneras por la práctica de darle la comunión a personas que "viven en pecado". Finalmente el Papa accede a que se examine más a fondo el problema teológico involucrado. Pero obsérvese que su primera preocupación es la protección de ciertas reglas formales y no el hecho de que se haya perpetrado tal falsificación del sacramento del matrimonio. Ésta es la eterna tentación de la burocracia eclesiástica: dar una forma aceptable a la actividad humana sin que importe el hecho de que su contenido esté, de hecho, corrompiéndose. "Guardemos las formas y después arreglemos lo demás", dice... pero "lo demás" nunca se arregla. La tragedia de una sociedad post-cristiana en la que el conflicto entre "las formas" y "lo demás" es cada vez más grave y abierto, es el tema fundamental de *Lázaro*. Hay que decir en favor del gran novelista que lo escribió que ni pretende que el conflicto sea fácil de resolver ni los burócratas eclesiásticos creados por él están del todo inconscientes de su existencia. Como ejemplo tenemos al Car-

denal Agostini, Secretario de Estado, a quien una vida en la diplomacia no ha impedido conservar el corazón y la intuición de un pastor. Su capacidad para captar tales complejidades en la administración de la Iglesia, sin sucumbir a la tentación de presentar recetas facilonas, es lo que hace que *Lizaro* sea, en última instancia, una gran novela.

RODRIGO SALDAÑA GUERRERO

UN CAMINO PARA ACERCARSE AL CINE MEXICANO

La apertura cinematográfica de Paola Costa. Universidad Autónoma de Puebla. México, 1988.

Para el estudio de cualquier manifestación artística o científica trascendente es necesario de prolegómenos, documentos introductorios que muestren las principales características de esta actividad.

La Universidad Autónoma de Puebla ha publicado recientemente el estudio de uno de los temas más fascinantes y curiosamente más ignorados del México contemporáneo: El cine nacional; las glorias y los fracasos de las diferentes épocas por las que ha atravesado y las razones político-económicas de estos altibajos.

El texto de Paola Costa es un trabajo básicamente académico: tiene más de 600 citas bibliográficas, hemerográficas y entrevistas. Hace una breve semblanza del cine nacional desde sus inicios hasta el sexenio anterior (los críticos del cine mexicano necesariamente realizan sus estudios tomando en cuenta los sexenios gubernamentales), centrándose en el mandato de Luis Echeverría A.

Se inicia el texto con un bosquejo histórico del cine desde 1896 hasta 1970; la autora tomará siempre como referencia para la evolución del cine la situación política por la que atraviesa México y el mundo. Resalta en esta parte del texto la labor del general Cárdenas al fundar CLASA (Cinematográfica Latinoamericana, Sociedad Anónima). Explica después que en la década de 1940 el cine nacional recibe apoyo de Estados Unidos de Norteamérica, y que no podía hacer cine por los terribles conflictos bélicos de la época.

De esta manera, México tendrá su primer auge cinematográfico con películas como: "La noche de los mayas", de Chano Urueta, 1939; "María Candelaria", de Emilio Fernández, 1943; "La perla", de Emilio Fernández, 1945.

Asimismo se promocionó a las grandes figuras del cine nacional. Los temas serán variados: La Revolución, la añoranza porfiriana, la familia,